

EN TORNO A LOS MILICIANOS LISTER Y MODESTO

Ya los griegos en los siglos precedentes a la era cristiana dijeron que no hay nada nuevo bajo el sol. Sin duda, el teniente general Vega en sus palabras con motivo de la Pascua Militar, pronunciadas en el Cuartel General del Ejército, olvidó que ya el general Queipo de Llano se traía su cachondeo sobre el célebre «miliciano Remigio, que para la guerra es un prodigio», que le había facilitado la gracia literaria de Pérez Madrigal.

La confirmación, por parte de las palabras del señor Vega, solamente cambian la consonancia del ripio. Que podía quedar así: «Lister y Modesto son unos hachas en esto». Esto fue una guerra que duró tres años, poco más o menos, y que perdieron los «talentos militares» de los mencionados Lister y Modesto.

Al hilo de esta misma meditación puede recordarse la anécdota de un general, cuyo nombre sentimos no recordar en este momento, que al decirle que le iban a mostrar el secreto del genio más deslumbrante del arte militar, contestó que Napoleón no le interesaba, que quien le interesaba era el que le había vencido en Waterloo.

También lo olvidó el señor Vega en sus palabras. Olvidó que los genios militares de Lister y Modesto, muy amparados por los generales soviéti-

cos que eran quienes de verdad movían los hilos del Ejército Rojo, fueron estrepitosamente derrotados en una serie de batallas que, en su tiempo, admiraron a lo más inteligente del oficio de las armas: Francisco Franco.

Afortunadamente, los españoles más modernos tienen mapas de la España del 18 de julio de 1936, en los que hay zonas rayadas en rojo —enormes zonas comprendiendo el dinero y la industria— y zonas en azul —ínfimas parcelas sin más que las pedradas mesetas castellanas y la gracia sevillana prolongada en esos trozos andaluces de un poco más allá, en la otra ribera del Mediterráneo—; sobre esos mapas flota el milagro de la Victoria de 1939, sólo explicable por el talento militar de quien condujo el Ejército Nacional, por el valor, la competencia y la fe de los militares

profesionales que le obedecían, y por el heroísmo, generosidad y amor a la Patria que derrocharon unos voluntarios, ora como alféreces o suboficiales provisionales, ora como soldados de esa milicia auténticamente popular, que fueron los Tercios de Requetés o las Banderas de Falange Española.

Acasó olvidó, también, en su discurso, el teniente general Vega que prendidas en su guerrera había numerosas muestras de la competencia del Ejército Nacional y de la incompetencia de los «milicianos Remigios» que tuvo enfrente. Generoso olvido éste que comprendía a cuantos en aquel mismo acto exhibían con honor y orgullo las condecoraciones conquistadas con sus victorias sobre quienes eran protagonistas épicos del discurso tan inconsecuente. Porque, a la vista estaba en la manga derecha del orador, cómo hubo militares de aquella Victoria que fueron hasta Rusia a intentar culminar su «explotación del éxito» persiguiendo a esos «milicianos Remigio» hasta la estepa en que se habían refugiado.

INCOMPETENTES

«En las grandes unidades (del Ejército rojo) hay por jefes supremos gente improvisada, sin conocimientos: El Campesino, Lister, Modesto, Cipriano Mera... que prestan buenos servicios, pero que no pueden remediar su incompetencia. El único que sabe leer un plano es el llamado Modesto. Los otros, además de no saber, creen no necesitarlo (...). A Modesto, jefe de una División, le enviaron un coronel del Ejército, Verdú, de segundo jefe. Verdú fue a buscarlo en el puesto de mando; estaba en el puesto de combate y allá se dirigió el coronel. Se presentó oficialmente y le dijo además unas palabras expresivas de sus buenos deseos y voluntad de ayudarlo en cuanto le hiciera falta. Modesto, sin contestar, descoigo el telefonazo. «Si no me quitáis ahora mismo de aquí este coronel, dejo el mando.» Se lo quitaron (...). No se quieren bien unos a otros los caudillos populares. La División de Lister estuvo en Brunete. Perdió mucha gente y, según Menéndez (un teniente coronel que informa de esto a Azaña), a todos sus oficiales. Se encontró en una situación muy difícil. Al saberlo decía El Campesino: «¿Ah, sí? ¿Pues no echaba tantas broncas? ¿Que resuelva él su papeleta!»

Manuel Azaña. «Memorias políticas y de guerra». La Pobleña, 1937. Obras completas. Tomo IV. Página 713.

SOLO TOSCOS GUERRILLEROS

«Los Campesino, Modesto y otros, son toscos guerrilleros, buenos para la defensiva, pero no saben nada. (Miaja), los ha cepillado un poco, enseñándoles a saludar, a quitarse la gorra y a mirar cara a cara... poco más.»

Manuel Azaña: «Ob. citada.» Página 732.

FUSILAR A MODESTO

«Las tropas del Ebro son buenas. Tienen impulso. El paso del río fue muy bueno. Dieron en blando. Ningún disparo de cañón del enemigo; no le dieron tiempo. Se pudo ocupar Gandesa. (El más importante objetivo de aquella ofensiva.) No mejores resultados por falta de cuadros de mando. Confirma (Hernández Saravia), que no quieren entregar las armas capturadas. A todo esto, la División 42, desarmada a su tránsito por Francia, continúa sin fusiles. Modesto no quiere soltar los 5 ó 6.000 fusiles de que se apoderaron. Tendría que meterlo en un castillo o fusilarlo. ¡La que se armaría! Hernández Saravia se propone retirarle una División y mandarle la 42 desarmada. Casi todo el Ejército del Ebro es comunista. Hay una especie de disciplina interior en cada unidad.»

Manuel Azaña. «Ob. citada.» Página 889.

ARTIFICIOS DE LA PROPAGANDA RUSA

«... El doctor Negrín resumió el (debate en la reunión celebrada en el aerodromo de Los Llanos, Albacete, el 27 de febrero de 1939), reafirmando su preconcebida conclusión: resistencia. El único partido que opinaba como él era el comunista. Era, pues, natural, que el doctor Negrín decidiera revocar al coronel Casado, para confiar el mando del Ejército del centro a un comunista, y así lo hizo, designando al coronel Modesto, uno de los genios milita-

Textos an

res populares fabricados por la propaganda rusa, si bien probablemente con buena materia prima española.»

Salvador de Madariaga. «España». Ensayo de Historia Contemporánea. Editorial Suramericana, Buenos Aires, 5.ª edición, 1950. Página 684.

«...Tú no puedes alzararte contra el Partido o contra Lister que es el Partido... Contra el Partido nunca se tiene razón... ¡Recuerda esto, mi buena camarada...! El Partido para llegar al fin no puede detenerse ante nada ni ante nadie... El debe avanzar, siempre, aunque tenga que pisotear los cuerpos de muchos camaradas, de magníficos militantes que se ven envueltos por ciertas debilidades sentimentales... Si tú ahora gritases contra Lister, tú asesinarías a un héroe del Partido... ¡No importa que sea un héroe de mentiras o de verdad...! Eso no importa, camarada... Lo que importa es que el Partido necesita héroes, muchos héroes y si tú destrozaras a éste, al que el Partido quiere convertir en un héroe y gigante de nuestra lucha, para a través de él conquistar masas y masas de combatientes para el Partido, tú habrías saboteado la tarea del Partido, te habrías convertido en un obstáculo para lograr ese gran objetivo que es la conquista de la influencia del Partido en el Ejército, que nos es necesario, vital, camarada...»

Enrique Castro Delgado. «Hombres made in Moscu». Editorial Caralt. Barcelona, 1963. Página 309.

MARIONETAS EN MANOS DE LOS JEFES RUSOS

«Las tropas españolas de Lister, del Campesino y de Modesto habían peleado bravamente en esa batalla (la de Guadalajara), honrando a sus jefes y a la disciplina que éstos habían logrado implantar. Pero muchas de las maniobras que realizaron Lister, Modesto y el Campesino, les había sido indicadas por los asesores militares rusos; resultaban como cadetes de aviación manejando un avión de doble control, que el instructor podía tomar a su cargo en cuanto cometieran el menor error.» (...) «Por lo que he visto hacer, me gustaría enterarme de cómo se comporta Lister una vez desaparecido el doble control. Pero es posible que no desaparezcan; por el contrario, puede que sean fortalecidos.»

Ernest Hemingway. «Por quién doblan las campanas». Editorial Claridad. Buenos Aires, 1959. Página 241-242.

«La batalla del Ebro tal y como fue desarrollada se debe eminentemente a la inspiración soviética y, aunque al Estado Mayor republicano correspondió toda la gloria de su ejecución, la alta dirección estratégica estuvo supeditada al consejo de los generales soviéticos.»

Jesús Hernández. «Yo fui un ministro de Stalin». G. del Toro, editor. Madrid, 1974. Página 253.

«En cuanto a Lister, jefe del Quinto Regimiento, unidad de combate comunista, con disciplina doctrinal de tipo severo, lo que cuenta es su ánimo: la técnica corre a cargo de su Estado Mayor, en el que hay, a juicio de Rojo, soldados de talento.»

Julián Zugazagoitia. «Guerra y vicisitudes de los españoles». Tomo I. Librería Española. París, 1968. Página 250.



(Tanisfer)



(Europa Press)

tológicos

INCAPACIDAD DE MANDO

«Se inicia la ofensiva (del Ejército Nacional), el 23 de diciembre (de 1936) tanteando todas las posiciones del frente. El ataque fue rudo: se vio cuál era el sector de la resistencia y cuál el que cedería (...). Cedió el frente en toda la línea que ocupaba el famoso Ejército rojo del Ebro, de absoluto predominio comunista en los mandos, bajo las órdenes del llamado coronel Modesto y del teniente coronel Lister. Por ese sector se inició el avance. La gran esperanza de la dictadura staliniana en España, la Agrupación de Ejércitos del Ebro, no hizo más que retroceder a marchas forzadas hacia la frontera francesa, lo que obligó al repliegue del sector del Norte.»

Diego Abad de Santillán. «Por qué perdimos la guerra.» G. del Tercer Editor. Madrid, 1975. Página 343.

«El fracaso de la ofensiva del Ebro, como el precedente de Balaguer y los anteriores de Brunete y Belchite, no se debía a la aviación, aunque ésta contribuyera sensiblemente, sino fundamentalmente, a un defecto congénito del Ejército Popular, que siempre fue incapaz de sostener una acción ofensiva prolongada. ¿Por falta de fe en el mando?, como dice Lister. ¿Por incapacidad de jefes y tropas?, como afirma Rodés Jaulín. A mi parecer, por ambas causas que se influenciaban mutuamente. La falta de fe del mando venía directamente influida por el conocimiento de la incapacidad de los jefes y tropas, y de la poca preparación de éstos se debía, en gran medida, a la política equivocada de aquél como un mal de origen jamás superado. Esta fue una constante y resultó cierta incluso en el Ebro que, como mucho, fue la más brillante y mejor ejecutada de cuantas operaciones emprendió el Ejército Popular.»

«A pesar del «fastuoso» éxito inicial de Modesto, al día siguiente sus tropas (en las que se incluían las que mandaba Lister), se veían incapaces de dar un paso adelante. Durante 10 días mantuvieron su ímpetu ofensivo con buena moral, y a costa de grandes pérdidas, frente a un enemigo que durante casi todo el período fue netamente inferior en efectivos y medios, pero que resultó suficiente para agotar toda la capacidad de penetración de sus adversarios a pesar de que la lucha se planteaba en terreno abierto, exento de fortificación y apto para la maniobra. Una vez más se ponía de manifiesto la impotencia del Ejército Popular.»

Ramón Salas Larrazábal. «Historia del Ejército Popular de la República.» Tomo II. Página 2.001-2002. Editora Nacional. Madrid, 1973.

«Es muy posible que se dijera a Lister (por su Alto Mando, en el día 5 de noviembre de 1936, cuando las tropas nacionales se acercaban a Madrid), que alguno de sus batallones, los más desgastados en las acciones de Seseña y Pinto, en las que se HABÍA CUBIERTO DE RIDÍCULO pasaran a Tarancón para reorganizarse, pero no resulta razonable su versión en la que desobedece heroicamente una orden superior para dirigirse al puesto de máximo peligro. Evidentemente, la presión soviética a la que se enfrentó era inevitable, el PCE determina el movimiento primario de las brigadas y dan lugar a otros de fuerza de apoyo comunista que se encontraban en la sierra y que indudablemente, por iniciativa del comité central marxista, marcharon hacia Madrid.»

Salas Larrazábal. Ob. cit. Tomo I, página 572.

«En el caso de Modesto, la cosa se agravaba por la rivalidad personal entre él y Lister. Durante el largo viaje hasta su puesto de Mando, Modesto tuvo conmigo su primera y única confidencia a este respecto. Me dijo que había desaprobado la conducta de Lister en la operación de Fuentes de Ebro, cuando se perdieron los tanques BT-5, y que por eso, la 11.ª División no había formado parte del V Cuerpo en Teruel. Añadió que si no hubiera sido por el hundimiento de nuestro frente en Aragón, con todas sus consecuencias, no hubiera vuelto a tener bajo sus órdenes a Lister y a su División.»

Manuel Tagüeña Lacorte. «Testimonio de dos guerras.» Ediciones Oasis, S. A. México, 1974. Página 187.

EN LA ANTOLOGIA DE LO ANTISOCIAL

«Representaban todos ellos (Lister, Modesto, El Campesino, Mera, Durruti), la expresión cierta del providencialismo. Sin la guerra, ni Lister, ni Modesto, ni El Campesino ni Durruti, entre tantos otros, hubieran tenido otro puesto que en la antología de lo antisocial.»

Guillermo Cabanella. «La guerra de los mil días.» Grijalbo, S. A. Argentina, Buenos Aires. Tomo I. Página 550.

«SOLO LA VICTORIA NOS JUSTIFICA»

«Hay por lo menos diez baterías encerradas —dijo el capitán—. Las vamos a pasar estrechas.»

—Nuestro oficio es pasarlo mal —contestó el teniente de Farnesio—. Peor se estaba en Brunete y en Monte Arruit. Peor aún en Igueriben. Y luego se metían con nosotros, y los periódicos escribían todos los días sobre las «Responsabilidades de Marruecos». Salimos muy pocos de Igueriben. Lo que fue la retirada yo solo me lo sé. Pero peor fue la vuelta a Valladolid. En las estaciones nos daban café con leche. En Málaga, en Bobadilla, en Córdoba, hasta en Medina del Campo, que ya está tan cerca... Café con leche en todas partes y miradas de pena. Era mucha leche aquello. Las mujeres decían: «Pobrecitos, cómo vienen», y nos trataban como pordioseros; los hombres no decían nada, pero nos miraban como a tontos. Y lo que más me encorajinaba era que había que beberse el café, porque la intención era buena. Hacía calor y nos daban mantas. Eramos los tontos de España entera.»

—Sólo la victoria nos justifica. Vencidos, siempre tenemos la culpa —dijo el capitán—. Me contaba mi abuela cuando niño, que un bisabuelo mío, siendo brigadier, se pronunció en el Campo de Guardias con el general Dulce. Era el año 1854. Al dar comienzo el combate de Vicálvaro, el brigadier montó a caballo, sacó el sable y arengó a sus soldados diciendo: «Adelante, hijos míos, que el que hoy sea vencido será mañana traidor.»

—Por lo menos el brigadier iba a caballo —interrumpió el teniente.

—A caballo o en tanque, siempre será lo mismo. Tenemos que vencer, no una vez ni dos, sino todas, porque el día que la suerte se nos vuelva de espaldas, seremos de nuevo la general rechifla y nos volverán a dar café con leche en todas las esquinas, como a usted a la vuelta del Desastre de Annual. Son malas las penalidades de la guerra, pero peor que todo, peor que la muerte misma, es la conmiseración. Cuando al Ejército se le compadece, el Ejército está perdido.»

Salvador García de Pruneda. «La soledad de Alcuneza.»